CONFERENCIA INAUGURAL

El español: la otra lengua puente entre Europa y América

MIGUEL SÁENZ

Como ustedes saben, el concepto del «Otro» ha recibido amplia atención en los últimos años y no solo en el ámbito de la teoría de la traducción. Sin embargo, sería inútil buscar a «la Otra» en Lacan, Baudrillard o Derrida... y la investigación tendría que orientarse más bien hacia la copla andaluza y Rocío Jurado. El romance de la Otra: «Te quiero siendo la otra como la que más te quiera».

En cualquier caso, es evidente que la primera «lengua puente» a la que se remite el título de la conferencia es el inglés. No voy a detenerme, en aras de la brevedad, en lo que es una «lengua puente». Estoy de acuerdo al respecto con Ángel LÓPEZ GARCÍA que, en su excelente libro, titulado muy castizamente *El boom de la lengua española*, prefiere hablar de «lengua internacional» (LÓPEZ GARCÍA 2007: 13-17). Para él, el español es una lengua internacional, tanto electiva como de hecho.

Dicho sea entre paréntesis, me sorprende la afición que existe últimamente a traer a colación el nombre de Cervantes en toda ocasión, quizá para obviar el eterno problema de las denominaciones de «castellano» y «español» que zanjó hace muchos años, convincentemente en mi opinión, Amado ALONSO (1938). Desde que el venezolano ÚSLAR PIETRI (1996: 211) llamó «Reino de Cervantes» a esa multitud de cuatrocientos millones de personas (a ojo de buen cubero) que hablamos español, Cervantes resulta inevitable. *Noticias del Reino de Cervantes* es el título de un didáctico libro de Gregorio SALVADOR (2007); *Gente de Cervantes*, el de una «historia humana del idioma español» del lamentablente ya fallecido Juan Ramón LODARES (2001); y el mencionado LÓPEZ GARCÍA (2007: 17) recuerda unos versos de Alfonso ROBLEDO, académico colombiano, que en 1916 escribía:

> Está la raza en pie, y el brazo listo:
> Que va en el barco el Capitán Cervantes,
> Y arriba flota el pabellón de Cristo.

Habida cuenta de que a Cervantes jamás se le permitió ir a América (no iba a América quien quería) y de que enviar ejemplares del *Quijote*, como de cualquier otro libro de «materias profanas y fabulosas», estuvo prohibido desde 1534, a fin de que (¡en las tierras del realismo mágico!) la imaginación no se desbocara, no hay más remedio que reconocer que la Historia da muchas vueltas.

Debo confesar que el asunto de esta conferencia desborda ampliamente mis conocimientos. No soy filólogo (o al menos no soy filólogo en español sino en alemán, lo que quizá sea más delictivo), por lo que voy a limitarme a hablar como traductor. Sin embargo, la tentación de hacer un poco de historia del castellano, y del castellano en América, resulta muy fuerte. Desde la monserga (con todos mis respetos) del genial Nebrija y su «siempre la lengua fue compañera del Imperio» (la lengua a que se refería Nebrija era el latín y, por otra parte, la lengua española no fue la compañera del imperio, sino la de la independencia de los países hispanoamericanos, que gracias a ella alcanzaron su identidad nacional), nos han contado muchas milongas. Hay más oro que hierro en el proceso de concentración o difusión de las lenguas, decía LODARES, y el español, como cualquier otra lengua, no se impuso por las armas, ni por leyes y decretos, ni siquiera mediante escuelas, sino, sobre todo, por el comercio y las relaciones mercantiles. Ya mi tocayo, el mexicano Moisés SÁENZ, decía en 1934 que, para aprender el español, la mejor escuela era una buena red de comunicaciones (LODARES 2001: 150). Y tenía razón también Lodares al decir que, si hubiera que dibujar un escudo para la lengua castellana, debería llevar, como figura heráldica, una oveja y no un águila imperial o un león rampante, porque los ganaderos de la Mesta hicieron más por la consolidación del castellano que todos los monarcas españoles juntos (LODARES 2001: 71).

Solo dos acotaciones, antes de abordar, como traductor, mi materia. La primera se refiere al Instituto Cervantes, que en los últimos años ha conseguido, por lo menos, equipararse a «los otros» de siempre: el British Council, el Goethe Institut, l'Alliance Française, l'Istituto Italiano di Cultura... Es cierto que, para un extranjero, enamorarse de la lengua española es muy fácil, pero nunca había ocurrido en medida tan grande como ahora.

Y por otro lado, no me resisto a decir algo sobre la Real Academia Española y las otras veintiún academias hispanoamericanas. No hace mucho, en las últimas Jornadas sobre Traducción Literaria de Tarazona, me permití romper una lanza a favor de la Academia. Cuando, como todo intelectual hispano que se estime, atacamos a la Real Academia Española,

estamos pensando en algo que ya no existe. Aquella madrastra despótica y caprichosa se ha convertido en una viejita entrañable que solo amonesta, aconseja, sugiere... y nos da el panhispánico nuestro de cada día. Por si fuera poco, esa anciana encantadora ha aprendido hasta informática.

Y vamos ya con el español como lengua de traducción, para lo que tengo que recurrir, necesariamente, a mi historia personal. Yo diría que no se ha valorado suficientemente la labor de la Unión Europea y de las Naciones Unidas en la creación de un español moderno. He tenido la satisfacción de conocer, aunque solo fuera de un modo superficial, la labor de los servicios de traducción de Bruselas y Luxemburgo, y lo que he visto me ha admirado. La increíble exactitud, la constante preocupación por la calidad, la utilización de los recursos técnicos más modernos (Arthur C. Clarke decía que la tecnología avanzada se confunde con la magia), el estupendo invento que son los lingüistas juristas, etc. Solo tendría un reparo que hacer: a mí me parece, no sé, que la Unión Europea ha pensado que el destinatario de tanto esfuerzo era el ciudadano español y no esos famosos cuatrocientos millones de hispanohablantes. Y también creo que la cooperación de la Unión Europea con las Naciones Unidas en ese campo debería ser mayor y no quedarse en el gélido plano cibernético. El español es un idioma de fuerte carga emocional (signifique esto lo que signifique) y los contactos entre los traductores de las instituciones europeas y los del mundo de las Naciones Unidas me parecen esenciales. Hoy por hoy, los trasvases de personas y de información son insuficientes.

En cuanto a las Naciones Unidas, solo puedo decir que han sido lo más importante que ha ocurrido en mi vida, por lo menos en mi vida de traductor. Cuando, a mediados de los años sesenta, llegué a Nueva York para trabajar en la sección española de la Organización, comprendí por primera vez que el español no era la lengua de España sino la de muchos otros pueblos. Y allí, rodeado de personas muy capacitadas, procedentes de todos los países de habla española, empecé a aprender a traducir. Y en ello sigo. Únicamente un reproche haría a los servicios de traducción al español de las Naciones Unidas, y es que no cuenten con una revista parecida a *puntoycoma* de los traductores al español de la Unión Europea. En buena parte, el saber y la experiencia de los traductores de las Naciones Unidas se pierden para los que no pertenecen a las organizaciones de su sistema (en inglés, por una vez más cariñosamente, no se habla de «sistema» sino de *the family of organizations*).

Ese alto nivel de la traducción española en las Naciones Unidas, que han sabido crear un lenguaje jurídico y económico, culto en general,

común a todos los países hispanohablantes, se explica en parte por los vaivenes políticos. Sus servicios de traducción se alimentaron del exilio tras la Guerra Civil española, del éxodo cubano luego, de las trágicas vicisitudes en la Argentina y el Uruguay, del golpe de Estado en Chile...

Y la lista de escritores famosos que han sido o son traductores de los organismos de las Naciones Unidas en los últimos cincuenta años parecería casi un manual de literatura hispana. En Nueva York ha trabajado, entre otros, el español Eduardo Mendoza; en la UNESCO de París el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, por no hablar del trabajo como asesor del peruano Julio Ramón Ribeyro; en la Organización Mundial de la Salud, José Ángel Valente; en la Oficina de las Naciones Unidas en Ginebra el sevillano Aquilino Duque o el peruano Luis Loayza; en Viena Julio Cortázar; en Nairobi Raúl Deustua, ese «poeta inhallable» peruano; en Roma el injustamente olvidado cubano Calvert Casey; en el Organismo Internacional de Energía Atómica de Viena Armand Obiols, poeta catalán más conocido allí como Joan Prat y cuya sombra gravita sobre la obra entera de Mercè Rodoreda; en ese mismo organismo, el novelista chileno Eduardo Labarca y el poeta argentino Juan Gelman, nuestro último Premio Cervantes. Es solo una lista hecha a vuela pluma en la que si algo llama la atención es la abundancia de poetas. Ya decía Octavio Paz que traducción y creación son dos operaciones gemelas. Sin embargo, más importante aún que esa lista, aunque resultaría casi imposible hacerla, sería la de juristas, médicos, matemáticos, físicos, periodistas, profesores y profesionales de toda índole que, en un momento u otro, encontraron en las Naciones Unidas, como traductores, su pan y su refugio. Sin olvidar, desde luego, a los que no eran nada más, y nada menos, que traductores puros.

La labor de las Naciones Unidas con respecto al español culto ha sido inmensa. Y responde cumplidamente a la pregunta de siempre: ¿hay un idioma español, hay más? Gregorio SALVADOR (2007: 31-34) ha demostrado que es erróneo creer en la existencia de un español de España y otro de América. La unidad del español, su cohesión interior (en la Unión Europea se habla de fondos de cohesión, aquí habría que hablar de una cohesión de fondo) es incontrovertible. Existe una unidad del idioma que no impide, en absoluto, su diversidad. Recientemente he conocido un texto de Ernesto Sábato:

> Cada hombre debe hablar con el matiz de su lugar. El argentino debe hablar como argentino, el venezolano debe hablar como venezolano y el madrileño como madrileño. Y eso es hermoso. Yo lo comparo con una

> orquesta. Una orquesta está formada por instrumentos diversos, pero todos tocan la misma partitura [...] Una orquesta donde todos tocaran el mismo instrumento sería una orquesta de locos y hay que defender esa unidad dentro de la diversidad (LODARES 2001: 227).

Dos párrafos más sobre extremos que, personalmente, me interesan. Hubiera querido hablar más despacio sobre la bendición que supone la emigración actual de Hispanoamérica hacia España, pero sin duda ello se tratará en la segunda parte del programa de este Congreso, relativa a «Traducción e integración». Solo quiero decir que si hace ya años que comprendimos que las telenovelas, los «culebrones», eran un importante factor de unificación lingüística en el mundo hispano, hoy el culebrón, al menos a juzgar por Madrid, está en la calle. Y es bueno y saludable que así sea. Ya en 1924 decía el español emigrado a Cuba Constantino SUÁREZ, en *La verdad desnuda*:

> No es el idioma, como suponen muchos, el lazo más consistente en Hispanoamérica y España, sino la emigración, sin la cual el propio idioma habría degenerado en dialectos o lenguajes diversos (LODARES 2001: 152).

Por último quisiera referirme a la traducción literaria, la cenicienta de nuestras universidades, la cenicienta del mundo de la traducción en general. Los esforzados traductores literarios deben ser tenidos muy en cuenta cuando se trata de tender puentes entre Europa y América. En contra de lo que a veces se dice, cada vez se traduce mejor, en España y en América, y cada vez es mayor la comunicación entre los traductores literarios. Los recelos ancestrales en España hacia las traducciones hispanoamericanas y los no menos ancestrales de Hispanoamérica hacia las traducciones españolas van desapareciendo, aunque sea lentamente. Nos conocemos mejor. En su día, España acusó el impacto de los autores del boom hispanoamericano y descubrió que había escritores que se llamaban Rulfo, Borges, Onetti, Vargas Llosa, etcétera, etcétera, etcétera, y supo valorarlos. Sin embargo, el lector español no se percató, en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, de que las traducciones que le venían de América estaban firmadas por un José Bianco o un Alfonso Reyes, o quizá por un Francisco Ayala. El español medio creía que traducir con «acento» era traducir mal y fue sumamente ingrato hacia el traductor hispanoamericano, que era, en aquellos años de censura en España, su principal fuente de cultura. En cuanto a la deuda de la Argentina o México

con los españoles, sobre todo catalanes, en el campo de la edición de aquellos años, todavía ha sido poco y mal reconocida. Véase al respecto el libro de Lago Carballo y Gómez Villegas *Un viaje de ida y vuelta* (2006). Y es que las relaciones del español entre España y América han sido siempre verdaderos cantes flamencos de ida y vuelta, en los que la música del idioma se enriquecía sin cesar. Cuando se encuentra un Diego el Cigala con un Bebo Valdés, los resultados pueden ser espectaculares.

Por último, creo que la globalización, la mundialización, con motivo tan denostada, puede ser una gran ventaja en el campo de la traducción. Poco a poco, los traductores al español estarán en cualquier lugar del planeta ejerciendo su honrado oficio. Lo importante es que no se sientan solos, porque la soledad es mala compañía, sino miembros de una enorme aldea global hispanohablante. Por otra parte, se dice que el español es un idioma que las máquinas entienden bien y que resulta especialmente apropiado para Internet. Y llámese bitácora, llámese blog, el hispano parece especialmente proclive a ese nuevo tipo de literatura improvisada e imaginativa.

No quiero hacer pronósticos ni dejarme arrastrar por la fantasía. Nadie sabe lo que va a ocurrir, porque la vida y hasta la subsistencia misma de los idiomas depende de factores difíciles de prever. Tal vez, un día, América entera hable español, al menos como segunda lengua (el Brasil y los Estados Unidos se están esforzando por ello), y hasta es posible que en un enésimo Congreso como este, alguien presente una modesta comunicación titulada: «El inglés: la otra lengua puente entre Europa y América».

Bibliografía

ALONSO, A. (1938) *Castellano, español, idioma nacional*, Losada, Buenos Aires.

BARROS OCHOA, M. (2001) «La traducción del español en la Organización de las Naciones Unidas (ONU)», II Congreso Internacional de la Lengua Española, Valladolid: <http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/nuevas_fronteras_del_espanol/1_la_traduccion_en_espanol/barros_m.htm>.

DEL VALLE, J. ed. (2007): *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español,* Iberoamericana / Vervuert Verlag, Madrid / Fráncfort.

LAGO CARBALLO, A. / N. GÓMEZ VILLEGAS eds. (2006) *Un viaje de ida y vuelta*, Ediciones Siruela, Madrid.

LODARES, J. R. (2001) *Gente de Cervantes*, Taurus, Madrid.

LÓPEZ GARCÍA, A. (2007) *El boom de la lengua española,* Editorial Biblioteca Nueva, Madrid [p. 13-17].

NÓBREGA, M. (2008) «La traducción en las Naciones Unidas: la Torre de Babel a orillas del East River», 135/142 en *Traducción: contacto y contagio*, *Actas del III Congreso Internacional «El español, lengua de traducción»,* julio de 2006, Puebla (México), Esletra, Madrid:
<http://www.esletra. org/html/programa.php>.

PÉREZ VIDAL, A. (2008) «La identidad del español en la Unión Europea: multilingüismo, políticas lingüísticas y traducción», 73-115 en *Traducción: contacto y contagio*, *Actas del III Congreso Internacional «El español, lengua de traducción»*, julio de 2006, Puebla (México), Esletra, Madrid:
<http://www.esletra.org/Alejandro_Perez.pdf>.

PIETRI, Ú. *La invención de América mestiza* (1996), Fondo de Cultura Económica, México.

SALVADOR, G. (2007) *Noticias del Reino de Cervantes*, Espasa Calpe, Madrid.

VICENT, M. (2004) «Idioma», en *El País*, 19 de septiembre.